

## *Gracias, Padre*

La intimidad de Jesús con el Padre es del todo singular. Jesús se sabe hijo, el Hijo único, y trata con su Padre con toda confianza, rebosante de gozo. En su corazón humano vive y experimenta el reflejo de su identidad divina. Es Dios. Todo se lo ha entregado el Padre, de manera que en su mente humana conoce la profundidad del misterio de Dios, y habla de ello continuamente a sus oyentes, a los hombres de todos los tiempos. “A Dios nadie lo ha visto nunca, el Hijo único que está en el seno del Padre nos lo ha dado a conocer” (Jn 1,18). Dios ha revelado su rostro a los hombres de múltiples maneras, pero el corazón de Dios sólo nos lo puede contar Jesucristo, porque sólo él vive en el seno del Padre, porque sólo él es el Hijo. Cualquier rasgo de Dios hemos de verificarlo en Jesucristo para confirmar su autenticidad. Jesucristo es el mediador y la plenitud de la revelación de Dios para los hombres.

Esta revelación Jesús sólo se la comunica a los pequeños y a los que llegan a ser pequeños, por su humildad, por su confianza, por la ausencia de prejuicios, por su sencillez. En cambio, toda esta hondura de Dios y del hombre permanece oculta a los sabios de este mundo, a los que anteponen sus razones a la confianza en Dios, a los que se apoyan en sí mismos. Una actitud fundamental para entrar en el misterio de Dios es la humildad.

Y por eso, Jesús se propone a sí mismo como modelo para nosotros. “Manso y humilde de corazón”. Un corazón altanero, prepotente, soberbio no podrá entrar en el misterio de Dios. La soberbia del hombre, que está en la raíz de todos los pecados, es lo que cansa y fatiga. La falta de pureza de corazón, “fatiga... atormenta... oscurece... ensucia... y enflaquece” (S. Juan de la Cruz). Acercándonos a Jesucristo, nos sentimos aliviados, porque él ha cargado con el peso de nuestros pecados.

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré”. La vida cristiana no es una carga añadida a las muchas que ya tenemos en nuestra existencia. El seguimiento de Cristo nos libera de la estrechez, de la soberbia, del peso de nuestras culpas. Seguir a Jesús nos abre el corazón de par en par al horizonte en el que él vive: la intimidad profunda y gozosa con el Padre. Venid a mí –nos dice Jesús– y os introduciré en el corazón de Dios, para que viváis felices y aliviados ya desde ahora.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*  
06.07.2008